

— ¿Me avisarás si ocurre algo nuevo?

— Sin duda. No iré á verte, porque me comprometería sin necesidad, pero te escribiré dos letras.

— Gracias.

— Hasta la vista, pues, dijo el magistrado. Pido á vuestra Ilustrísima toda su indulgencia.

— Y yo, señor fiscal, dijo el prelado, reclamo la protección de Vuecencia.

Los dos amigos se apretaron la mano y atravesando la antesala, en la que los ujieres se levantaron con respeto, bajaron la monumental escalera, al pie de la cual el magistrado despidió ceremoniosamente al obispo. Dentro del coche esperaba el joven secretario, que atrajo hacia sí vivamente al prelado tanto para ayudarle á subir, como para tener noticias más pronto.

— Y bien, dijo, ¿está vuestra Ilustrísima satisfecho de la entrevista?

— Mi querido Ricardo, creo que, con la ayuda de Dios, la religión saldrá intacta, y acaso favorecida, de esta prueba... Hay que ordenar rogativas públicas en la catedral...

— ¿En la catedral? exclamó el sacerdote frótándose alegremente las manos. Entonces vuestra Ilustrísima está seguro del asunto. ¡*Gloria tibi, Dómine!*

El obispo no respondió y se contentó con sonreír.

XIII

Hacia dos días que la viuda de Lefrançois, más bonita que nunca, pues el luto le sentaba á las mil maravillas, se había encerrado en su posesión de Orcimont, cuando un anochecer, á eso de las siete, Guepín entró en la casa con aire misterioso, y dijo :

— Florencia, en la estufa hay una persona que desea /ablarte...

La joven se estremeció; hacía una semana temblaba siempre que se le anunciaba un visitante.

— ¿Es alguien que yo conozca? preguntó :

— Sí, es el señor Letourneur.

La alarma de Florencia desapareció, sus ojos se turbaron y su boca tembló. Sin embargo, preguntó con voz segura :

— ¿Cómo ha entrado?

— Por el parque.

— ¿Le ha visto alguien?

— Nadie. Yo estaba allí cuidando las plantas cuando se presentó. Entonces le dije que me esperase allí, para saber si querías verle ó si debía despedirle.

Florenxia reflexionó un instante y dijo en seguida con decisión :

— Voy á verle, pero no en esta casa. Es preciso que no venga aquí con ningún pretexto

— Lo suponía. Un hombre soltero en casa de una viuda... Se criticaría

— Voy contigo. Ve delante para prevenirle mientras me pongo un abrigo. Dentro de un segundo estoy allí.

Guepín salió sin contestar. Bernardo estaba en la estufa, sentado en una silla de mimbre y trazando con el bastón en la arena signos jeroglíficos, sin pensar en lo que hacía. Su cabeza estaba inclinada y su cara indicaba una profunda tristeza. No tenía ya aquel aire de descuido y de fuerza que daban una gracia particular á su varonil belleza. La ropa le resultaba ancha y su alta estatura estaba disminuída por una marcada inclinación. Desde que dejó al padre Daniel la noche fatal en Maisoncelle había envejecido diez años y no era el mismo hombre. Parecía abrumado por el peso de una enorme carga.

En el silencio de la estufa, alterado solamente por el murmullo de un arroyuelo, el joven esperaba tristemente, cuando en otro tiempo le hubiera faltado la paciencia y hubiera subido con paso firme las escaleras de aquella casa. Esperaba á Florenxia sin alegría y sin la palpitación de felicidad de un amante que va á estrechar entre sus brazos á su querida. Sentía por el contrario la angustia de un culpable que espera á un cómplice poco seguro, para saber lo que debe esperar ó temer.

Porque su ignorancia era completa. Hacía ocho días no recibía noticias de Florenxia. La dejó á la cabecera de Lefrançois moribundo y no había tenido ni carta ni recado que le hiciese saber lo que pensaba, lo que quería y en qué estado físico y moral la había dejado aquella crisis, por fin conjurada. No se había atrevido á asistir á las exequias de Lefrançois y se había hecho pasar por enfermo. Supo por los periódicos la prisión del cura y estuvo tentado por correr á Beaumont á denunciarse, pero le contuvo la seguridad de Florenxia y quiso esperar á concertarse con ella para tomar una resolución. Presa de una turbación de espíritu que jamás había sentido y que era para él una espantosa tortura, permaneció encerrado en su casa, dando vueltas en el pensamiento á aquel problema cuyas soluciones su-

ponían todas una desgracia. Por fin supo que Florencia se había instalado en Orcimont y vió en este detalle el deseo de la joven de aproximarse á él, lo que le alivió en su desgracia. Florencia no huía de él y acaso su igual infortunio fuese un lazo entre los dos. Y en su situación llena de cuidados y de inquietudes, pensaba que iba por fin á escuchar una voz amiga que le compadeciese y le consolase.

Sentado en aquella estufa donde se había verificado su primera entrevista amorosa con Florencia, el joven pensaba con amargura que ella le mandó llamar por su padre. Entonces él no se ocupaba de aquella mujer y hasta tenía miedo de la influencia que podría ejercer sobre él, y todos los detalles de aquella conversación, al volver de una cacería, se presentaban á su imaginación. ¡Qué libre, qué tranquilo y qué descuidado se encontraba entonces! Había bastado la aparición de aquella mujer en su vida para que desapareciese toda tranquilidad y se encontraba al presente sometido á los mayores peligros á consecuencia de una sucesión de circunstancias á las que no había podido sustraerse.

La pálida y reflexiva fisonomía del padre Daniel se presentó en su imaginación y pensó que aquel hermano del corazón lo era también de infortunio. Como si todo cuanto tocase á aquella mujer peli-

groza estuviese destinado á un fin funesto, los dos amigos se veían igualmente comprometidos é igualmente desgraciados. La desgracia de Daniel le parecía, sin embargo, menos dura que la suya. El sacerdote sufría injustamente, era una víctima y llevaba solo el peso de la falta, mientras que él, el culpable, se sustraía á un merecido castigo...

Una ligera silueta que se divisó á través de los cristales de la estufa llamó la atención de Bernardo y le sacó de sus melancólicos pensamientos. La puerta se abrió sin ruido y en el verdor ennegrecido por el crepúsculo apareció Florencia y avanzó silenciosa hacia el que la esperaba. Bernardo experimentó la impresión de que aquella mujer enlutada no era la que le amaba. Sus brazos se tendieron vagamente hacia ella, pero volvieron á caer sin haberla estrechado. Y trémulo, al verla tan helada, tan negra, tan cerrada á toda emoción, no encontró una palabra que decirle. Ella fué la que habló y dijo con esa seguridad que jamás la abandonaba:

— ¡Qué imprudencia, Bernardo! ¿Estás seguro de que nadie te ha visto? No debes ignorar que hay agentes de policía en campaña y que somos vigilados. Bastaría un mal paso para perdernos. Por eso he temblado de inquietud cuando mi padre me ha dicho que estabas aquí.

Al oírla explicarse tan claramente y de un

modo tan desembarazado, la vacilación de Bernardo desapareció. Atrajo á Florencia hacia él, la hizo sentar, le cogió las manos, que encontró tranquilas y sin fiebre, mientras las suyas ardían, y dijo :

— Tenía necesidad de verte, de oírte. Lejos de ti perdía la razón. Mis angustias son atroces desde hace ocho días.

— No las compares con las mías.

— Tú, al menos, sabías lo que pasaba, lo que se decía, y tenías que defenderte, pero yo estaba como un cuerpo sin alma, á merced de los sucesos y en la imposibilidad de dirigirlos. ¡Ah! no pensaba sólo en mi desdicha. Compadecía la tuya y hubiera querido estar á tu lado para compartir tus peligros, para tomar disposiciones, y, en fin, para sufrir una prueba común y perderme ó salvarme contigo.

— Pues yo me he alegrado de que no estuvieras. Me hubieras estorbado enormemente pues tenía bastante con los amigos de mi marido y con el cura de Favieres para crearme dificultades y peligros.

— ¡Peligros y dificultades el padre Daniel!

— ¡Eh! dijo con acritud Florencia. Desde el primer momento ha tomado aires de mártir que no quiere renegar su fe, cuando hubieran bastado algunas respuestas hábiles para alejar toda sospecha. Pero ese cura obstinado se había propuesto repre-

sentar el heroísmo y en tres minutos ha sabido dejarse envolver por el juez de instrucción de tal manera que ha aparecido claro que estaba al corriente de lo ocurrido.

— Pero se ha negado resueltamente á explicarse y nos ha cubierto con su discreción...

— Si nos hubiera acusado estaba perdido. Así se lo hice entender. Cogido en las mallas de la justicia, se ha visto en la imposibilidad de avanzar y de retroceder y ha hecho al callarse de la necesidad virtud.

— No conoces su carácter. Se hubiera perdido antes que hacernos traición y me mortifica amargamente la idea de no haberle disculpado.

— ¿Y podías pensarlo?

— Ante aquella exclamación que tan bien indicaba el egoísmo implacable de la joven, Bernardo se estremeció. Levantó los ojos, que había tenido bajos hasta entonces, y dijo mirando atrevidamente á Florencia :

— ¿Crees que es posible dejar de hacerlo?

Florencia no replicó á esta firme y ruda respuesta. No era su costumbre estrellarse contra las opiniones que le parecían sólidas y prefería atacarlas de flanco. Su voz se hizo tan dulce como áspera había sido hasta entonces.

— Si el padre Daniel, dijo, estuviera aquí, él sería el primero en aconsejarte la prudencia y,

sobre todo, la paciencia. Todo se arregla con el tiempo gracias á la falta de habilidad de los hombres. No tenemos más que no movernos y el cura de Favieres será absuelto por la fuerza misma de las cosas. Nada se averiguará, bien lo sabes, puesto que nadie ha visto lo que pasó. No hay pruebas ni testigos. Sólo existe una declaración de la víctima que puede ser controvertida tan fácilmente que no tiene valor alguno. La instrucción se detendrá en su comienzo si somos bastante hábiles para no alimentarla.

— Pero tú misma dices que somos vigilados...

— Naturalmente, lo son todos los que de cerca ó de lejos se relacionan con el asunto. La justicia cuenta con una casualidad para ponerse al corriente. No sabe nada y lo sospecha todo. Pero si nosotros permanecemos inmóviles y callados, ¿qué quieres que descubra?

Bernardo no encontró nada que responder. El razonamiento de Florencia le repugnaba y le hería, pero no podía contradecirle porque era la evidencia práctica. La joven sonrió al verle reducido al silencio. Una vez conseguido el triunfo, no quiso abusar de él y dijo en tono dulce y agradable:

— ¡Cuánto has sufrido, mi pobre Bernardo! ¡Qué cambiado estás! Y puso afectuosamente una mano en el hombro del joven.

Bernardo palideció; las lágrimas brillaron en sus ojos y cogiendo á Florencia en sus brazos balbuceó con la boca pegada al oído de su amada:

— ¡Sí! He sufrido mucho por estar separado de ti y al pensar que acaso no te volviera á ver... ¡Te amo tanto!...

La frente de la joven se oscureció con una impresión de descontento. No se desprendió, sin embargo, de los brazos de Bernardo y con los ojos fijos en él, dijo con resolución:

— También yo te amo, pero quiero que me obedezcas.

— ¡Oh! Haré todo lo que quieras...

— ¿De veras? dijo Florencia con coquetería posando sus labios entreabiertos en el bigote del joven.

— Mándame.

— Pues bien; mañana mismo te vas á ir á Beaumont y te vas á estar allí dos días haciendo tu vida ordinaria y viendo á las personas que tienes costumbre de ver. Anunciarás que vas una temporada á París, como todos los años, é irás á instalarte en el hotel...

— ¿Irás á verme allí?

Florencia se desprendió por un movimiento rápido y dijo:

— ¡Estás loco!

— Entonces, ¿qué quieres que haga en París?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Méx. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

— Ir al círculo, al teatro, distraerte.

Bernardo hizo signos negativos.

— Nada me distraerá de ti.

— Mi querido Bernardo, reflexiona un poco. Puedes comprender que la situación es muy diferente de lo que era y que hay que adaptarse á sus exigencias. Eres leal y no puedes querer hacerme un daño irreparable, pues eso sería un mal pago á mi ternura. Estamos bajo la amenaza de un desastre y solamente le eludiremos á fuerza de vigilancia y de audacia. No te portes como un niño y ten la misma energía que yo. Me hace sufrir el hablarte así, pero es indispensable porque parece que no comprendes toda la gravedad de mi posición y de la tuya. Tú debieras hablar como yo hablo pues es al hombre á quien debe exigirse energía. Me dejas el peso de todas las resoluciones y de todos los peligros y dices que me amas...

— Júrame que una vez pasado el peligro no serás de nadie sino mía...

— ¡Qué singular pretensión! ¿Puedo ser más tuya de lo que soy?

— ¡Oh! No me respondes. Desde el principio de esta entrevista no has dicho una sola palabra que saliese del corazón. No te inspira más que tu interés. No puedo contar contigo.

— ¿Pero, en fin, qué pretendes? dijo Florencia con mal contenida irritación?

— Pretendo hacerte mi mujer.

— ¿Tú? exclamó la joven con sincero horror. ¿Tú? ¿Es posible? ¿Con un recuerdo tal entre nosotros?

— ¡Ah! ¡Quieres alejarme para siempre! Pero ya no me engañas; veo claro. No esperes que sea tan complaciente con tus caprichos. Te he conquistado al precio de un crimen y nada podrá hacer que no seas mía.

Florencia se irguió y dijo con la mirada amenazadora y los labios crispados:

— ¿Y mi voluntad?

— La someteré á la mía.

— No cuentes con ello.

— ¡Cuidado! Florencia. No me provoques. Yo no pensaba en ti; quisiste que te amase y fuiste á burcarme. Tu libertinaje encontró sabroso enloquecer al amigo de tu antiguo prometido y has encendido en mí una violenta pasión para venir hoy á decirme tranquilamente que es preciso separarnos y que nuestro amor ha concluido ¡Pues bien! ¡Yo no lo quiero! ¡Te adoro y quiero conservarte! Estás unida á mí por el doble lazo de la posesión y de la complicidad y no puedo soportar la idea de que una vez arrojado de tu lado tomes un nuevo amante ú otro marido, ni de que he matado á un hombre para que tú goces de tu libertad mientras yo muero en el abandono. ¡No me

creas tan necio! Por dueña que te creas de mi pensamiento no has podido pensar enloquecerme hasta el punto de aceptar todas las responsabilidades del delito para dejarte á ti todas las ventajas. ¡No! ¡no! Florencia; aquel hombre murió á manos de los dos; los dos le herimos y debemos permanecer juntos.

— ¿Y si me niego á ceder á tus exigencias?

— Recurriré á todos los medios para imponértelas.

— ¿Qué quieres decir con eso? Tus palabras son amenazadoras, pero no son más que palabras y yo no me asusto por tan poco.

— Los actos estarán de acuerdo con las palabras.

— ¿Y qué actos son esos? ¿Se puede saber?

Florencia le miró burlona, con los ojos medio cerrados, y tan bella, que Bernardo se estremeció de dolor y de cólera.

— Es muy sencillo, dijo; me presentaré al juez de instrucción y le contaré lo que pasó.

— ¿Y tú, Bernardo, serás capaz de perderme?

— Nos perderemos juntos.

— ¿Sabes cómo habría que llamar al hombre que se condujera de ese modo?

— ¡Poco me importa! Lo interesante para mí es no ser burlado y arrojado como un juguete que ya no agrada, después de haberme tomado por

capricho. No me conoces, Florencia, si has pensado tal cosa. Eres mía, te tengo y te guardo.

La joven respondió con sangre fría:

— Yo no soy de nadie, si no me conviene y te advierto que no me conservarás por los medios que empleas.

— ¿Pero qué quieres que sea de mí? preguntó Bernardo con desesperación.

— Procura ser razonable. Me horrorizan las grandes frases y las grandes actitudes y me estás representando una odiosa tragedia. ¿Crees que estás interesante revolviendo los ojos en las órbitas y poniendo esa voz cavernosa? Pues lo que estás es ridículo. ¡Venir á amenazarme con decirselo todo á la justicia! ¡Está bueno! Si hubieras hecho la apuesta de hacerte execrar no procederías de otro modo. Soy muy indulgente, después de tales provocaciones, al hablar todavía contigo.

Y á fin de interrumpir aquella peligrosa conversación, Florencia se levantó sin que pareciese que daba importancia á lo que pudiera pensar y decir Bernardo, y se puso á andar con aire indolente y distraído por las enarenadas calles de la estufa cogiendo flores y haciendo con ellas un ramillete. Bernardo la miraba estupefacto al ver lo poco que convenía aquella futilidad con las graves palabras pronunciadas. La dejó hacer durante unos segundos y se levantó con igual sangre

fría, fué á la puerta, la cerró con llave y se guardó ésta en el bolsillo.

— Florencia, dijo, no parece que atribuyes bastante importancia á lo que acabo de decirte. Es, sin embargo, urgente que te persuadas de que es preciso tomar un partido.

La joven se volvió y dijo afectando una seguridad que empezaba á abandonarla:

— Bernardo, haces mal de hablarme así. Conmigo no vale nada tanto como la dulzura y te aseguro que no obtendrás nada por la amenaza.

— Y yo te afirmo que de un modo ó de otro obtendré lo que quiero.

— ¡Lo que quiero! ¡Lo que quiero! repitió Florencia en tono de descontento. Eso es lo que me desagrade sobre todo, así como esos humos de quitar la llave de la puerta. ¡Como si hubieras de retenerme á pesar mío!

— Te retendré, en efecto, hasta que me hayas respondido.

— Ya lo he hecho.

— Lo has hecho negándote.

— ¿Puedo hacer otra cosa?

— ¿Es cierto, entonces, que me abandonas?

— ¿Quién habla de eso?

— ¡Oh! Ten la franqueza de tu insensibilidad.

Ya no me amas y no quieres compartir mi vida.

— No, Bernardo, no quiero ser tu mujer

y encuentro monstruoso que tú me lo pidas.

— ¿Has reflexionado bien? ¿Tu resolución es irrevocable?

— ¡Para qué atormentarte inútilmente! Nadie dice que me quiera separar de ti. Deja que pase el tiempo y se disipe el peligro. Yo me estaré en Orcimont, que está á dos pasos de tu casa, y nos veremos fácilmente como en otro tiempo. Me pregunto por otra parte qué diablo de idea te ha entrado de querer hacerme tu mujer, cuando eso sería el medio más seguro de alejarme de ti. Como amante me gustas; como marido me serías insoportable. Sin contar con lo peligroso que sería en todo tiempo un matrimonio entre los dos. No se sospecha de nosotros y quieres absolutamente que llamemos la atención. En el momento en que no debemos pensar más que en dar garantías á la opinión y en probar nuestra cordura, vienes á hacerme escenas de drama y arriesgas, por lo menos, el comprometerme. Y quieres que esté de buen humor y que asienta á todas las locuras con que me obsequias, y para estar más seguro me encierras con llave. Convendrás en que no son esos los medios más seguros de obtener mi aprobación.

Hablando de este modo se volvió á sentar y se puso á deshojar con sus blancas manos las crisantemas del ramo. Por una hábil transición de

consumada actriz había vuelto al tono de familiaridad y se mostraba tan dulce como en los mejores días, pero Bernardo había sorprendido aquella estratagema y la veía con los ojos de la imaginación en aquel jardín, donde algunos años antes la conoció mintiendo para engañar y seducir al profesor de filosofía mientras se negociaba su matrimonio con Lefrançois. La juzgó incurablemente falsa y perversa, insensible y egoísta, y toda su cólera se disipó para dar lugar á una inmensa repugnancia. Al mismo tiempo surgió en su pensamiento la imagen del noble y generoso Daniel y comparó la conducta de ambos. Quiso entonces proporcionarse el amargo placer de oír cómo decidía Florencia la conducta que debía observarse con el cura de Favieres. Deseó penetrar en el último repliegue de aquella alma negra y preguntó con voz temblorosa :

— Pero si te obedezco, Florencia, y me separo momentáneamente de ti, ¿qué debo hacer en lo que se refiere al padre Daniel?

— ¿Y qué puedes hacer?

— Eso te pregunto.

— No corre peligro alguno. Necesariamente será absuelto, puesto que no es culpable y no puede haber ninguna prueba contra él.

— Pero está preso, atormentado, acusado.

— Todo es que pase una mala temporada.

— ¡ Pero se sacrifica por nosotros !

— ¡ Bah ! ¡ Es sacerdote ! Esee su oficio...

Al oír aquella respuesta tan cruel y que mostraba bajo tan terrible aspecto el verdadero carácter de aquella mujer, Bernardo exhaló un profundo suspiro y sin tratar de discutir más, se levantó, se acercó á la puerta, puso la llave en la cerradura, abrió y volviéndose por última vez hacia aquella mujer á quien tanto había amado, dijo :

— Adiós, Florencia, no tendrás que defenderte más contra mí. Veo que no puede prevalecer nada contra la dureza de tu voluntad. Quieres ser libre; ya lo eres.

La joven fué vivamente hacia él y más alarmada por su resignación que antes por su violencia, preguntó :

— ¿ Adónde vas, Bernardo ?

— Lejos de ti, puesto que es eso lo que ordenas.

— ¡ Lejos ! ¿ Quieres marcharte ?

— Para siempre.

Florencia le miró fijamente y dijo con una leve sonrisa de incredulidad :

— Vamos, Bernardo, no me causes penas inútiles. Despidete de mi amablemente. Vete á tu casa y duerme tranquilo. Mañana reflexionarás, y comprenderás que en esta conversación se han

dicho muchas tonterías y que has sido tú el que las ha dicho casi todas. Hasta la vista, Bernardo.

Le ofreció la mano, pero él no la tomó y dijo sencillamente.

— Adiós, Florencia; no temas nada de mí. Haré lo que el padre Daniel, aunque no sea ese mi oficio. Me sacrificaré por ti.

Empujó la puerta y desapareció en la oscuridad del jardín.

Florencia salió detrás de él y se reunió con su padre, que no estaba lejos. Acaso aquel hombre, con su astucia campesina, había sospechado una parte del misterio que rodeaba la muerte de su yerno, muy poco sentida por él. Se adelantó hacia su hija y preguntó á media voz:

— ¿Has despedido al hermoso Bernardo?

— Sí y no sin trabajo.

— ¿Qué te quería?

— Absurdos.

— Si vuelve, ¿hay que ponerle en la calle?

— No volverá.

El tono de seguridad de esta frase no permitía insistir. Guepín no dijo nada y siguió dócilmente á su hija, pensando:

— Ha hecho bien cortando de raíz sus relaciones con ese muchachón. No es eso lo que necesita y ahora que está libre, buena tonta sería dándose un amo. Podemos vivir los dos muy

tranquilos. Yo no molesto y hago el oficio de administrador sin cobrar nada. Ella me ve cuando quiere y se pasa sin mí si se le antoja. ¿Qué más podemos desear? La bodega es buena y la cocina á mi gusto. Podemos ser muy dichosos ahora que es rica hasta no saber qué hacer con el dinero. ¿Quién hubiera supuesto que Lefrançois tenía tal capital? Por fortuna el contrato de mi hija está bien hecho; el notario que le redactó no robó sus honorarios.

Por un singular y frecuente fenómeno de paralelismo mental, Florencia pensaba en el mismo momento:

— ¡Cómo! ¿Abdicar mi libertad cuando acabo de óbtenerla? ¡Y eso por ese joven medio arruinado que sería celoso y dominante? ¡No, por cierto! Una viuda como yo, con dinero, vive fácilmente en todas partes y las buenas relaciones se le ofrecen solas. Haber pasado largos años de cuaresma con Lefrançois para renunciar en seguida á las fiestas de la Pascua, sería una incomprensible simpleza. Pasaré en Orcimont con mi padre los primeros meses del luto y después me instalaré en París, donde empezaré á vivir á mi gusto y sin censor. Bernardo ha querido asustarme, pero no me conoce si ha creído que podría lograrlo. No será tan tonto que vaya á comprometerse inútilmente. Y si llegase á ese

extremo, eso justificaría plenamente la desconfianza que me inspira su carácter. Él reflexionará y el interés de su seguridad hará contrapeso á su tendencia á las fanfarronadas. Es, además poco delicado al no comprender lo penoso que sería para mí tener con él relaciones, ni aun amistosas, después de lo que ha pasado.

Para Florencia, lo que había pasado era la muerte trágica de Lefrançois. Satisfecha con este eufemismo, calmada por su razonamiento y refrescada por su paseo al aire libre, se despidió de su padre en la puerta del salón, se dirigió á su cuarto y se dispuso á dormir un pacífico sueño.

XIV

Bernardo no durmió. Se instaló en su cuarto y pasó la noche fumando y sondando con profunda tristeza el vacío de su vida. ¿Quién podía contenerle en la pendiente en que rodaba? Su ocupación única había sido el placer y éste le faltaba de pronto. Ni una sola hora de su pasado se había empleado en algo útil; ni un momento de su porvenir le prometía una tarea fecunda. Era incapaz de servir para algo á los demás ni á sí mismo.

Este pensamiento produjo en él un tedio mortal. Se miraba á sí mismo y le parecía que todo había acabado para él. Aun en el caso de que Florencia hubiese consentido en obedecerle, ¿qué hubiera llegado á ser á su lado? ¿Se hubiera llenado así el vacío de su existencia? Su amor hubiera acabado, como todos los amores, y se hubiera encontrado en el mismo vacío, con más cansancio y más penas.